

¿Quién quiere la paz en Euskal Herria?

El proceso de diálogo iniciado entre el gobierno Zapatero y ETA y las fuerzas políticas vascas entró en crisis con la bomba de ETA en Madrid. Como lobos se han lanzado la derecha y sectores del aparato del Estado, en primer lugar la judicatura, para intentar acabar con él. No sólo siguen manteniendo ilegal a Batasuna y persiguiendo a sus dirigentes, sino que para echar más leña al fuego el Tribunal Supremo ha decidido considerar como terroristas a las organizaciones juveniles del independentismo vasco, la Audiencia Nacional ha acordado mantener en prisión a de Juana Chaos, que lleva semanas en huelga de hambre y los médicos aseguran que puede morir en cualquier momento, y en los próximos días el juez Garzón puede cerrar las *herriko tabernas* por considerar que forman parte del entramado terrorista. ¿Y esto es querer la paz?

En este país hay fuerzas poderosas que no quieren la paz, que sólo pretenden la venganza y la derrota del pueblo vasco, como preferirían ver de rodillas al movimiento obrero, o como antes fueron fieles adictas y defensoras del franquismo. Esas fuerzas tienen que ser derrotadas. Luchar y defender que se mantenga el proceso de paz es una manera de lograrlo.

Un proceso de diálogo y negociación es tan importante que no puede depender sólo de las fuerzas en litigio. Un poderoso movimiento cívico debería ponerse en pie en defensa de diálogo y negociación. Algunos ejemplos son significativos, como el de las mujeres vascas reunidas en Ahotsak, o el movimiento iniciado en Catalunya partidario de "Sí al proceso de paz".

La izquierda y la clase trabajadora somos los más interesados en resolver democráticamente los problemas de la violencia y de la relación sana y libre e Euskal Herria y el resto del Estado español. Por eso somos firmes partidarios del diálogo para lograr la paz.

Sin Muro

Revista marxista electrónica del POR

por@netpor.org

<http://www.netpor.org>

Se difunde por suscripción gratuita

Si deseas recibirla en tu dirección de correo electrónico,
suscríbete

en:<http://www.netpor.org/esp/sinmuro.html>

Fundador: Arturo Van den Eynde

Sumario

Editorial

[¿Quién quiere la paz en Euskal Herria?](#) pág. 1

Temas

[La paz: muy difícil pero el mejor camino](#)

[G. Búster](#) pág. 2

[Sin diálogo no hay solución](#) pág. 8

[Miguel Salas](#)

[Una lucha política](#) pág. 13

[La lucha y la paz en Irlanda](#) pág. 15

[El fondo del conflicto](#) pág. 20

[Santiago de Alegría](#)

El significado del derecho a la autodeterminación

El derecho de las naciones a la autodeterminación significa exclusivamente su derecho a la independencia en el sentido político, el derecho a la libre separación política respecto de la nación que la oprime. En términos concretos, esta reivindicación de la democracia política significa una libertad total de propaganda por la separación, y la solución de ese problema mediante un referéndum en la nación que se separa. De modo que esta reivindicación no equivale en absoluto a la de separación, fragmentación y formación de pequeños Estados. Significa sólo una manifestación consecuente de lucha contra toda opresión nacional. Cuanto más próximo el régimen democrático de un Estado a la plena libertad de separación, tanto más infrecuentes y débiles serán en la práctica las tendencias a la separación, pues las ventajas de los Estados grandes son indudables, tanto desde el punto de vista del progreso económico como de los intereses de las masas, y además estas ventajas aumentan continuamente con el crecimiento del capitalismo.

Lenin

[La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación. Tesis. 1916]

La paz: muy difícil pero la mejor salida

G. Búster

La crisis del proceso de paz en el País Vasco ha abierto también una crisis política. ¿Qué hacer para resolver esta situación? es una pregunta generalizada, no sólo en los ámbitos de la política. La respuesta puede ser complicada pero el objetivo es el de conseguir una paz justa y democrática. La movilización social de las gentes de la izquierda es necesaria porque, siendo la paz una cuestión tan importante, no puede dejarse sólo en manos de los gobernantes o de ETA.

A juzgar por el *pulsómetro* de la SER, veinte días después del atentado de ETA en la T-4 del Aeropuerto de Barajas, Zapatero no solo habría sido capaz de frenar la contraofensiva del Partido Popular (PP), sino que habría recuperado una ventaja en intención de voto de seis puntos y el respaldo mayoritario de la sociedad española (54% frente al 36%) en su gestión de la política antiterrorista. Los datos de la encuesta, más allá de su margen de error, reflejan el sentimiento político en la calle y en los medios de comunicación tras las manifestaciones del 13 de enero en Madrid y Bilbao y el debate en el Congreso de los Diputados del día 15. Es decir, reflejan la situación de confrontación entre la derecha y la izquierda españolas, situando en un segundo plano la situación interna en Euskal Herria. Porque el efecto más importante del atentado de ETA ha sido, irónicamente, desplazar del eje conflicto vasco de la propia situación vasca a la del estado español en su conjunto, marcada por la crispación política y la movilización continua de la derecha contra el Gobierno Zapatero.

El comunicado de ETA

El día 9 de enero, ETA hizo público su comunicado reivindicando el atentado y explicando las razones de su acción. Los elementos de análisis eran ya conocidos: el bloqueo del proceso de paz, en especial en lo referente a la represión e ilegalización de la izquierda abertzale, la ofensiva judicial con la doctrina Parot para evitar las excarcelaciones de presos de ETA tras cumplir sus condenas...Pero si el Gobierno podía ser acusado de no cumplir sus compromisos en la ampliación de un espacio político democrático capaz de integrar a la izquierda abertzale más allá de la estrategia represiva heredada del PP, era evidente la contradicción de querer abrir ese espacio con 500 kilos de explosivos como si se tratase de un procedimiento técnico que no afectase a la declaración de "alto el fuego permanente". Era no sólo un error político sino también una estupidez como discurso, que debilitaba la reafirmación del

compromiso con el proceso de paz no solo de ETA, sino de la izquierda abertzale.

Las dificultades en la gestión de esta contradicción se han ido haciendo patentes con los días a golpe de declaraciones explicativas de Otegi y de artículos de *Gara* sobre los encuentros entre ETA y el Gobierno. Del "desconcierto" –subrayado por el hecho de que Otegi tuvo conocimiento del atentado en plena reunión con uno de sus interlocutores del PSE- se pasó a reconocer la "contradicción", a las "puntualizaciones" sobre la traducción de las declaraciones del vasco al castellano de otros dirigentes abertzales y, cuando estaba a punto de generalizarse el debate político en toda la izquierda abertzale, la decisión del Tribunal Supremo de revisar la sentencia de la Audiencia Nacional y declarar a las organizaciones juveniles de la izquierda abertzale parte de ETA, resucitando la doctrina Garzón, permitió ahogarlo en la necesidad de una respuesta única frente a la represión.

De alguna manera, la decisión del Tribunal Supremo, con una composición marcada por los nombramientos durante el Gobierno Aznar, era la respuesta de la derecha al éxito de las manifestaciones de Madrid y Bilbao y a la resistencia de Zapatero en el debate del día 15 en el Congreso de los Diputados a subordinarse a la política antiterrorista del PP. Pero su adopción, frente a la Audiencia Nacional, en parte había venido anunciada por la política de acoso de distintos sectores de las izquierdas, siguiendo la línea del ministro del interior Rubalcaba, contra Batasuna -e incluso organismos unitarios como el movimiento de mujeres por la paz Ahotsak-, para hacer explotar las "contradicciones" de la izquierda abertzale, arrinconándola entre la marginación o la condena pública del atentado, con la misma doctrina Garzón de que debilitar a la izquierda abertzale es en definitiva debilitar a ETA.

La suma de las incongruencias del discurso de ETA con las consecuencias de las diferentes aplicaciones políticas de la doctrina Garzón, en un momento en que las manifestaciones de Madrid y Bilbao frenaban al PP, redujeron el margen de maniobra de Zapatero para mantener su "ambigüedad calculada" sobre el proceso de paz.

Las manifestaciones

El éxito de la manifestación de Madrid (200.000 personas), además de las de Pamplona, Zaragoza, Santiago, Burgos y otras ciudades se debió ante todo porque suponían una removilización de la izquierda frente al PP. El hecho de que fuesen convocadas por los sindicatos CC OO y UGT y las asociaciones de emigrantes ecuatorianos dieron un carácter de clase más allá de las diferencias y debilidades ideológicas sobre el proceso de paz mismo. *iZapatero, no estás sólo!* y *iPaz!* fueron las consignas más coreadas en una clara confrontación con la derecha.

Esta polarización, alimentada por la estrategia del PP de hacer del fracaso del proceso de paz su principal instrumento para una victoria electoral de la derecha, se refleja también en el *pulsómetro* de la SER antes citado. El 67% considera que el PP utiliza el terrorismo con fines electorales, que el Gobierno ha hecho lo correcto tras el atentado (53%) y el PP no (61%) y, además, que Zapatero debe seguir intentando el fin negociado de ETA (59% frente al 32%). Para la mayoría de la población asalariada fuera de Euskal Herria, la

confrontación con la derecha y el peligro de una vuelta al gobierno del PP han sido determinantes en su actitud durante este mes de enero.

El debate en el Congreso

Tras el clima creado por las manifestaciones el sábado 13, el debate parlamentario del lunes estuvo precedido por un diálogo interpuesto en los medios de comunicación entre Otegi y Zapatero y las reacciones posteriores de Rajoy. Las largas entrevistas de Otegi en *Gara* y de Zapatero en *El País* no sólo intentaban reasegurar a sus respectivas bases de un cierto control racional del proceso, sino de una capacidad de iniciativa independiente de poderes fácticos. Otegi llevó las "contradicciones" al punto de responsabilizar a todos los sujetos del proceso de paz –y no sólo al Gobierno- del bloqueo del mismo, pero reiteró su compromiso de reiniciarlo con las iniciativas y autocríticas necesarias por parte de la izquierda abertzale. Pero ello no resolvía el problema, porque tras el atentado su condición de sujeto político aceptado por el resto de las fuerzas políticas depende de su condena de la violencia y no sólo del llamamiento realizado a ETA para que mantenga la tregua rota. Y esa condena le supondría al mismo tiempo su deslegitimación como interlocutor ante ETA y los sectores minoritarios de la izquierda abertzale que amenazan con la escisión. Su llamamiento a la iniciativa política -incapaz de influir de manera positiva sobre la correlación de fuerzas en el resto del estado entre la derecha y las izquierdas, de establecer una relación política y social entre la removilización de las izquierdas en el estado y las condiciones para el proceso de paz a través de un movimiento social por la paz- se convierte así en una mera esperanza impotente de que el paso del tiempo arregle las propias "contradicciones" de la izquierda abertzale.

En el caso de la entrevista con Zapatero, tras asegurar que el gobierno no se encontraba ante una crisis, sino ante el acoso de la contraofensiva de la derecha que utilizaba la política antiterrorista con fines electorales –como si no hubiese sido así durante toda la legislatura por razones obvias-, acababa reiterando el compromiso del gobierno con el fin de la violencia con diálogo. Sólo ETA era culpable del fin del dialogo y de un proceso de paz en el que el Gobierno había tenido toda la voluntad de avanzar y de cuya metodología se reivindicaba. Porque en definitiva, el problema de la violencia es el del apoyo social y este sólo se puede superar ganando políticamente a otra perspectiva a sectores significativos de la izquierda abertzale. Su "ambigüedad calculada" se convertía así en una esperanza siempre que se superasen los condicionamientos de la contraofensiva del PP – con sus reflejos dentro del PSOE- y se volviesen a dar las condiciones de cese de la violencia y credibilidad de los interlocutores para un nuevo proceso de paz dialogado.

El debate parlamentario del día 15 escenificó la polarización existente y las alternativas, ayudado por un formato que dió todo el protagonismo a Zapatero y Rajoy. Este último, que había intentado forzar el debate en los primeros días de enero ante un Gobierno paralizado, se encontró tras las manifestaciones y las entrevistas que había quedado aislado de antemano.

La propuesta del PP de una rendición incondicional del Gobierno, su autocrítica y la sumisión al frente antiterrorista que excluía a los nacionalistas vascos y catalanes y al resto de las izquierdas, sin otra perspectiva que una represión

generalizada judicial y policial no solo contra ETA sino también contra el conjunto de la izquierda abertzale, acompañada de la puesta en cuestión de los propios gobiernos vasco y catalán, no podía tener ningún eco. La frase de que en el proceso de paz *"si dialoga le ponen bombas y si no le ponen bombas es porque ya ha cedido"* era una disyuntiva que nadie podía aceptar racionalmente con sus consecuencias. Sobre todo ante la evidente carencia de buena fe del proponente, que cayó en las encuestas casi un 20% en su valoración, ya de por sí no muy alta. De igual manera que su exigencia de que se retirase la moción parlamentaria de mayo del 2005 que establecía las condiciones para el diálogo con ETA, porque este simplemente debía quedar anatemizado. Pero el PP contaba con algo más que la reivindicación del pasado en la forma del Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo y la añoranza del Gobierno Aznar. Cuenta con la herencia institucional de esa política, reflejada en la composición de la judicatura y su capacidad de movilización social, que quiere volver a poner a prueba el 3 de febrero.

La alternativa de Zapatero a la oferta de reedición del frentismo españolista era un consenso amplio contra el PP y contra ETA, una reedición, sino formal si de hecho, de los Pactos de Ajuria Enea, más allá de mantener una reunión paralela del Pacto Antiterrorista con el PP. Ese consenso o Ajuria Enea II era la condición mínima necesaria para poder mantener la perspectiva de un proceso de paz –simbolizada en la moción parlamentaria de mayo del 2005–, aunque dejase sin resolver el problema de cómo crear las condiciones para ello, una vez cerrado el actual por el atentado de ETA. Y en especial sin resolver las cuestiones clave de la magnitud de la respuesta policial y judicial al atentado y la posible participación al menos por vías indirectas de candidaturas locales de sectores de la izquierda abertzale en las elecciones municipales. Porque sin resolver estas dos cuestiones en una ampliación de las condiciones democráticas de integración de la izquierda abertzale, el único freno a una nueva ruptura del reiterado "alto el fuego" de ETA con una ofensiva terrorista que se llevase por delante al Gobierno Zapatero pareciese ser el margen de actuación legal de Batasuna a través de EHAK, que no resuelve el de su aceptación como interlocutor político. Es decir, un freno muy débil para quienes ya han cometido el error político del atentado del 30 de diciembre.

Pero esta preocupación solo apareció de manera secundaria en el debate parlamentario a través de las intervenciones de los portavoces del PNV, EA o Nafarroa Bai. Para el resto de las fuerzas políticas y sobre todo para Zapatero, la prioridad del debate era evitar el cerco político y social del PP, deslegitimizando su estrategia y ganando tiempo desde el discurso de la unidad antiterrorista. Ante el bloqueo de las propuestas del PP en el Congreso de los Diputados, sus portavoces anunciaron que las llevarían a los parlamentos autonómicos y los ayuntamientos, exigiendo la ilegalización del Partido Comunista de las Tierras Vascas (EHAK), bajo cuyas siglas actúa la izquierda abertzale en el parlamento vasco.

Pocos días después –mientras el PP rechazaba cualquier posibilidad de acercamiento en esta estrategia de la tensión– Zapatero recibió a Ibarretxe en la Moncloa. Aunque nada se ha conocido del contenido de la reunión, sin embargo la reiteración de las líneas fundamentales del discurso de uno y otro parecían corresponder no tanto a un "acuerdo de desacuerdos" como a una

división de papeles, según la distinta correlación de fuerzas en Euskadi y en el conjunto del Estado, para la colaboración y gestión del tiempo ganado.

Y ahora ¿qué?

Lo aleatorio de esa conquista es que depende fundamentalmente de la capacidad de reacción de la derecha y del aguante y paciencia de la izquierda abertzale. La derecha, más allá de las críticas habituales a Rajoy por sus debilidades en comparación con Aznar, comprendió el mismo día del debate que su fuerza sigue estando no en su esplendido aislamiento de minoría mayoritaria opositora, sino en la contundencia de la acción judicial y del acompañamiento de la movilización en la calle. En definitiva, si la tregua estaba rota, se trataba de hacer que ETA no tuviese vuelta atrás y que actuase en consecuencia, en un nuevo ciclo de represión-violencia que volviese a poner las cosas en su sitio.

Los cándidos análisis de *Gara* de que "el ciclo de la ilegalización y la marginación están superados" se encontraron con la revisión el 19 de enero por el Tribunal Supremo de la sentencia de la Audiencia Nacional sobre la naturaleza de las sucesivas organizaciones juveniles de la izquierda abertzale Jarrai, Haika y Segi. De los 24 acusados, 23 fueron condenados a 6 años de cárcel acusados de pertenecer a banda terrorista, de acuerdo con la doctrina Garzón. Cuatro de ellos eran detenidos en pocas horas, en medio de manifestaciones, ruedas de prensa y cajeros automáticos carbonizados, mientras el ministro del interior Rubalcaba preveía la rápida detención de resto. Las perspectivas para los macro-sumarios contra los medios de comunicación y los movimientos sociales cercanos a la izquierda abertzale no podían ser peor. Y el mensaje muy claro: Zapatero e Ibarretxe podían decir lo quisieran, pero la derecha tenía en sus manos la capacidad, vía judicial, de imponer el ámbito de la represión tras el atentado y estaba dispuesta a que recayese sobre la totalidad de la izquierda abertzale.

La situación creada y los peligros que encierra demuestran hasta que punto las izquierdas necesitan, frente a la contraofensiva de la derecha, un discurso que vaya más allá de la buena conciencia de la unidad antiterrorista y de la presión sobre la izquierda abertzale para que condene la violencia de ETA. Tiene que dar una respuesta democrática a medio y largo plazo sobre la solución política del conflicto vasco para acabar con la violencia y tiene que utilizar frente a la derecha y frente a ETA su principal activo, que es la movilización social por la paz. Estos días se ha demostrado que es posible.

No resignarse a un nuevo ciclo de represión-violencia, a nuevas acciones de ETA y a la victoria electoral de una derecha movilizada implica desarrollar un movimiento por la paz a partir de las iniciativas y movilizaciones existentes, con la pluralidad del debate político imprescindible, y crear las condiciones democráticas para un nuevo proceso de paz. Los que no quieren la paz dicen que es imposible. El resto, simplemente, que es muy difícil pero que no hay otra salida.

Sin diálogo no hay solución

Miguel Salas

Después del atentado de ETA algunas fuerzas políticas se han visto tentadas a volver al antiguo camino de los pactos antiterroristas, de la represión, del llamado aislamiento de los violentos, etc. Esos caminos no sólo han fracasado sino que seguirán fracasando. Además, como demuestra este artículo, la historia de los últimos 30 años consiste en diversos intentos de negociaciones, con tregua y sin tregua, con represión y sin represión. Podemos dar muchas vueltas al problema, pero no hay otra salida que el diálogo para resolverlo.

“Caminante no hay camino, se hace camino al andar” nos dejó escrito Antonio Machado. Parafraseando podríamos adaptarlo al proceso del País Vasco y decir “el camino es el diálogo, no hay ahora otro camino para la paz”

Después de la bomba de Barajas se han hecho muchas declaraciones y también dicho muchas insensateces pero ya llevamos demasiados años de conflicto en Euskadi, de terrorismo y represión, de probar prácticamente todas las recetas, para darse cuenta que todas las anteriores, todas, han fracasado y que al final sólo queda el diálogo como medio para resolver las diferencias.

Desde el final del franquismo todos los gobiernos, todos, de todos los colores, han intentado negociar con ETA para mejorar o resolver las conflictivas relaciones entre Euskadi y España. Los contactos se han combinado con la más dura represión, como las treguas se han declarado antes o después de una importante actividad terrorista. Es muy importante tenerlo en cuenta para poder situar en su justo lugar ese tipo de declaraciones tremebundas de los dirigentes políticos. Podrán decir muchas barbaridades pero se ha demostrado hasta la saciedad que no habrá solución sin diálogo.

Porque el verdadero conflicto no está entre quien utiliza la violencia como medio de lucha política y quien se opone a ella, sino entre los derechos de un pueblo que no son suficientemente reconocidos y el Estado español que no acepta reconocerlos. Si se resuelve, o como mínimo se establecen mecanismos políticos para que los vascos y vascas puedan decidir, estará andado casi todo el camino. La negativa a abordar ese problema, y los que se han ido acumulando en torno a él, como los presos, son la causa de la violencia y de las decenas de años que la sociedad española lleva arrastrándola.

El diálogo y la negociación es hoy la única salida porque se ha demostrado que ni el Estado con su policía y Guardia Civil, ni sus leyes, algunas tan antidemocráticas como la Ley Antiterrorista, el cierre de periódicos y revistas, o la Ley de Partidos, puede acabar con el movimiento independentista vasco; ni

éste puede imponer sus condiciones al Estado español ni tener la mayoría suficiente en el País Vasco. Cuando una situación de "tablas" dura tiempo y se prolonga es necesario buscar caminos o herramientas que abran el tapón.

La etapa UCD

Probablemente los primeros contactos entre ETA y el gobierno español se remontan a 1976, un año después de la muerte de Franco, cuando gobernaba la UCD de Adolfo Suárez. El militar Ángel Ugarte, del Servicio de Información, fue el encargado de contactar en Ginebra con los responsables de ETA. Les propuso una tregua a cambio de la liberación de los presos y el retorno de los exiliados. En esos momentos la lucha de masas estaba en su apogeo en el Estado español y ETA rechazó la propuesta con la idea de que la movilización más la actividad terrorista podrían arrancar las exigencias del pueblo vasco. De hecho, se logró la amnistía para todos los presos y el retorno de los exiliados y se frustró el derecho de autodeterminación por el pacto del PNV y socialistas para limitar los derechos nacionales al actual marco estatutario. En 1978, con el entonces ministro del Interior, Rodolfo Martín Villa, se intenta otra ronda de contactos que vuelve a fracasar.

En 1980 se inician contactos entre Juan José Rosón, ministro del Interior, y el antiguo militante de ETA, Mario Onaindía, en esos momentos secretario del partido Euskadiko Ezkerra. Tales conversaciones llevarán a que un sector de ETA acepte la disolución en 1982.

El PSOE de Felipe González

El intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 tendrá importantes repercusiones políticas, tanto en las medidas legales que recortan los derechos de las autonomías como en la lucha antiterrorista. Por esa época escribía el director del periódico *El Mundo*: *"No hay derechos humanos a la hora de cazar el tigre. Al tigre se le busca, se le acecha, se le acosa, se le coge y, si hace falta, se le mata. Podrían caer cincuenta etarras en combate y las manos de España continuarán limpias de sangre humana... A los policías que disparen contra ellos se les recibirá como a valientes..." (23 marzo de 1981)*. Es un claro alegato a la *guerra sucia*, al todo vale.

En octubre de 1982 Felipe González gana las elecciones con 10 millones de votos, sin embargo mantiene e incluso endurece la política represiva contra el independentismo vasco. En noviembre de 1983 Felipe González había declarado *"que están agotadas las medidas políticas contra el terrorismo"*. Meses antes había empezado a actuar un fantasmagórico GAL que mantiene su actividad violenta contra los militantes vascos hasta 1987. Asesinaron a 23 personas, algunas de ellas inocentes y sin ninguna relación con la actividad militante. Está demostrado que los GAL fueron organizados por altos responsables del Ministerio del Interior, alguno de ellos todavía en la cárcel, e incluso fue condenado el ministro del Interior, José Barrionuevo. Este episodio de *guerra sucia* fue una de las causas de deterioro democrático de la época de Felipe

González, que junto a los numerosos casos de corrupción acabaron con su mayoría electoral en 1996.

Este nuevo intento de acabar con ETA acabó también en fracaso. Incluso cuando los mandos policiales seguían organizando el asesinato de militantes de ETA o de dirigentes políticos de Batasuna, se abrieron canales de contacto. En 1984, a través de un grupo de jesuitas vascos y la colaboración del embajador francés en España, Pierre Guidoni, se establecen contactos, aunque no llegan a prosperar. Desde noviembre de 1986 hasta enero de 1987, esta vez por intermediación del PNV, se restablecen los contactos. El abogado Jorge Argote se entrevistó en Argel con Domingo Iturbe "Txomin". En enero asisten el secretario de Estado, Julián Sancristóbal (que había estado enfangado en la organización de los GAL) y los comisarios Manuel Ballesteros y Pedro Martínez.

Las conversaciones de Argel

El ejemplo más claro de esa combinación entre represión-tregua-negociación son las conversaciones de Argel..

Justo cuando se daba por fracasada la operación de los GAL se firma en enero de 1988 el Pacto de Ajuria Enea, una alianza entre el gobierno del PSOE y el resto de partidos, pero especialmente con el PNV, para aislar a la izquierda abertzale. Intentó ser la cobertura política para el endurecimiento de la represión. Con el tiempo se convirtió en otro fracaso.

Las Conversaciones de Argel se desarrollaron entre enero y abril de 1989. Durante esos meses ETA mantuvo una tregua que rompió el 4 de abril. Apenas hacía un año que el GAL policial había dejado de actuar y en torno a una mesa se sentaron el secretario de Estado, Rafael Vera y José M^a Eguiagaray y "Antxon" por ETA. No deja de ser curioso que Rafael Vera esté hoy en la cárcel condenado por hechos relativos al funcionamiento de los GAL.

Las conversaciones de Argel han sido hasta ahora el intento más serio de diálogo y negociaciones. La tregua duró tres meses y se rompió porque lo que se acordaba con los negociadores no era secundado por el gobierno. La ruptura no invalidó los contactos, que se mantuvieron durante 1990 e incluso en abril de 1991, cuando el Gobierno anunció que negociaría con ETA en Suecia si declaraba una tregua de dos meses.

Del fracaso de las negociaciones ambas partes sacaron sus conclusiones. Más allá de las dificultades objetivas, dirigentes del PSOE reconocieron la improvisación con que se encararon las reuniones. Para ETA y la izquierda abertzale Argel fue presentado como un gran éxito, por el reconocimiento público de las negociaciones, aunque se equivocaron en el análisis de que tras la ruptura el Estado español volvería a negociar en poco tiempo.

En julio de 1992 la cúpula de ETA fue detenida en la localidad francesa de Bidart y parecen romperse las perspectivas de un nuevo proceso de negociaciones. El mismo Otegi lo analiza así en el libro de *Mañana, Euskal Herria*, "Lo que se plantea es que hay que revisar la arquitectura mental que había mantenido la izquierda abertzale. La izquierda abertzale pensaba que ETA lo iba a resolver todo y que todo dependía de la fortaleza militar de ETA, que algún día ETA volvería a sentar al Estado en una mesa de negociación y acuerdo y al día siguiente los vascos y las vascas viviríamos felices. El conflicto se contemplaba como un combate de boxeo, en el que algún día ETA ganaría."

Para la izquierda abertzale ese cambio implica un giro hacia la política, aunque sea todavía sin abandonar la vía o la presión militar.

Tras el fracaso de Argel el Gobierno González da otra vuelta a la represión e inicia la dispersión de los presos lo más lejos posible de Euskadi, normalmente a prisiones de Andalucía y Canarias, como un intento de desmoralizar a los casi 500 militantes que están en prisión acusados de pertenecer a ETA. En pocos años se ha pasado de organizar el GAL para matar a los activistas vascos, que ETA decreta una tregua, que se abran negociaciones formales, que se rompan y que se vuelva a endurecer la represión y se eleve la actividad terrorista. De una u otra forma así seguirán las cosas durante los años siguientes.

Lizarra

En 1996 el PP gana las elecciones. En la primera legislatura, gobernada por Aznar sin mayoría absoluta, intenta establecer lazos con la burguesía vasca (PNV) y catalana (CiU) y también dialogar, como todos los gobiernos, con ETA. En septiembre de 1998 ETA declara una tregua que dura 439 días. Ese mismo mes todos los partidos nacionalistas vascos, PNV, EA, Batasuna..., y Ezker Batua Berdeak, firman el acuerdo de Lizarra con el objetivo de avanzar en la soberanía vasca, se daba como acabado el Estatuto de Guernika, y llegar a un acuerdo para acabar con la violencia. El PP y el PSOE se oponen. Se dan algunos pasos, como la creación de *Udalbiltza*, Asamblea de Ayuntamientos y Electos Municipales de Euskal Herria, creada en 1999 como un intento de expresión al margen de las instituciones dependientes del Estado español. Pero el PNV retrocede y congela el Pacto de Lizarra, lo que sirve como excusa a ETA para romper la tregua.

Durante esa misma época, el gobierno Aznar mantiene relaciones con lo que llamó el "movimiento de liberación vasco" y una delegación del gobierno se reúne con dirigentes de ETA en Zurich el 19 de mayo de 1999. Las negociaciones no prosperaron y la ruptura de la tregua por la falta de empuje del Pacto de Lizarra cerró cualquier nuevo intento.

El PP y el PSOE respondieron en diciembre del 2000 con la firma del Pacto por las Libertades, la coartada del gobierno Aznar para lanzar toda una campaña antidemocrática contra todo lo que oliera a nacionalismo, hasta el PNV es considerado un enemigo. Se cierran periódicos y revistas, se juzga a personas por el simple hecho de apoyar campañas culturales de defensa del euskera, se encarcela a la dirección de Batasuna y, finalmente, se ilegaliza a Batasuna.

El acuerdo de paz en Irlanda en 1998 y después el atentado del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y, especialmente, el del 11 de marzo de 2004 en Madrid obligan a un replanteamiento sobre los métodos del terrorismo y refuerzan, incluso entre la izquierda abertzale, la necesidad de encontrar una salida política.

El resto es de todos conocido. Desde julio de 2005, ETA mantiene una tregua que el 24 de marzo de 2006 dice que es "un alto el fuego permanente" que, sin embargo, rompe el 30 de diciembre de 2006.

El hilo conductor de esta historia es que la represión y las medidas antidemocráticas no han logrado, ni lograrán, acabar con el movimiento independentista vasco. Este movimiento tampoco ha logrado imponer sus objetivos al Estado español... por eso hoy la única salida, el camino que se hace

al andar, es insistir, presionar, movilizarse para que el diálogo y la negociación vuelvan a imponerse para lograr una salida democrática y pacífica al conflicto vasco.

Una lucha política

Tres manifestaciones, una en Madrid, otra en Bilbao y la tercera en Barcelona, muestran la lucha política que se ha desarrollado, y que aún se desarrolla, para encontrar el camino adecuado para la paz. En torno a esa lucha el PP ha sido derrotado, la gente de izquierdas ha salido a la calle exigiendo la paz y diálogo como medios para acabar con el conflicto. Pero las espadas siguen en alto.

Durante años y años se ha ido transmitiendo la idea de que el conflicto vasco era sobre todo un problema de violencia, que la política tenía poco que ver, que el marco político ya estaba establecido y que todo se resolvería si de una vez por todas los llamados "violentos" abandonaban la violencia. Lo sucedido después de la bomba de ETA en Barajas demuestra que el problema es evidentemente político y que sólo mediante acciones políticas podrá resolverse. De hecho, desde que el Partido Popular empezó a recuperarse de la derrota electoral del 14-M ha estado utilizando la política antiterrorista como su principal medio para erosionar al gobierno Zapatero. A través de la AVT (Asociación de Víctimas del Terrorismo) logró movilizar a su electorado en las manifestaciones antiterroristas y al comprobar que, al menos en las encuestas, obtenía réditos convirtió la política antiterrorista en el elemento principal de su política.

Sólo cuando el gobierno y el PSOE se inclinaron hacia una política de diálogo y negociación, como antes lo intentaron otros gobiernos, empezaron a situar el problema en sus verdaderas dimensiones: la necesidad de un acuerdo político para superar los conflictos, los enfrentamientos y la violencia. Es decir, aceptaron que se trataba, y se trata, de hacer política y de tomar decisiones políticas.

Ocurre lo mismo respecto a la izquierda abertzale. Su compromiso por el diálogo ha sido y sigue siendo claro, incluso a pesar de la desorientación creada por la bomba de ETA, y lo que pone en discusión es la falta de gestos y medidas por parte del gobierno. Cada fuerza a su manera hace política, incluso los que ponen bombas, aunque se equivocan, consideran que es su manera de hacer política. Interpretan de una manera particular la famosa máxima de un teórico de la guerra alemán, Von Clausewitz, que dijo que "la guerra es la política por otros medios".

Por eso, desde el día que ETA puso la bomba en Barajas se ha desarrollado una importante lucha política alrededor de la convocatoria de las manifestaciones de repulsa del atentado y de los lemas que debían presidirlas.

La manifestación de Madrid

La manifestación de Madrid fue una iniciativa de las asociaciones ecuatorianas que contactaron con CCOO y UGT y decidieron convocar una manifestación bajo el lema "Por la paz y contra el terrorismo". A esta movilización decidieron sumarse numerosas asociaciones y el PSOE e Izquierda Unida. El PP se vio desbordado por la situación, cabreado porque parecía que otros le usurpaban lo

que hasta ahora había sido su *leit motiv* principal contra el gobierno, y empezó a presionar, esta vez no sólo políticamente sino que hasta se inventó una fantasma asociación de ecuatorianos para intentar dividir la convocatoria. Incluso convocó una sesión extraordinaria de la Asamblea de la Comunidad de Madrid para aprobar una resolución que reflejara la política del PP destinada a continuar la política represiva en Euskadi.

Además empezó a poner exigencias encima de la mesa, que si en la convocatoria debía constar la palabra "libertad" y también la palabra "vida"; que no estaba claro el objetivo de la manifestación, que debía condenar el diálogo y la negociación y, al final, hasta pidió la desconvocatoria. Los convocantes cedieron a las presiones con la vana esperanza de que el PP se sumara a la manifestación, pero ni así lo consiguieron.

En esa lucha política el PP salió derrotado. La gente de Madrid salió a la calle desafiando y oponiéndose al PP.

Sin embargo, la convocatoria de la manifestación todavía no fue valiente para expresar la necesidad de diálogo para superar la situación y encontrar vías de solución al conflicto. Los lemas y el contenido estaban todavía prisioneros de muchos años en los que parecía que la única salida era la política antiterrorista. Eso se notó especialmente cuando se hicieron todas las concesiones posibles al PP, tanto en los lemas como en los sucesivos llamamientos a que se unieran a la manifestación, aunque al final resultaran infructuosos.

Dada la política del PP es un error pensar que hay que ir con ellos para lograr la paz. Ellos no tienen ningún interés en la paz, sólo en utilizar el conflicto para volver al gobierno, como si más de 30 años de conflicto no hayan sido suficientes para demostrar que por la represión no se resolverá el problema. La idea de "unidad de los demócratas" para combatir el terrorismo no nos hace ningún bien. Esa idea nos convierte en rehenes de la política del PP.

La manifestación de Madrid, aún con sus limitaciones en cuanto al contenido de la convocatoria, es un ejemplo de que se puede romper con la política antiterrorista del PP, que se puede movilizar a la población trabajadora y de izquierdas para buscar una solución pacífica, dialogada y democrática al conflicto vasco. Hace falta tener la valentía de dar el paso, de seguir exigiendo diálogo y negociación.

En Bilbao

El proceso de convocatoria de la manifestación de Bilbao fue otro ejemplo de lucha política. Se mostraron las diferencias entre el lehendakari Ibarretxe y la dirección del PNV de Imaz. Ibarretxe convocó una manifestación "por la paz y el diálogo" mientras que Imaz se oponía en nombre de un acuerdo con los socialistas. La manifestación fue convocada y, aunque a regañadientes, los socialistas aceptaron participar, sabedores que la paz y el diálogo es un sentimiento mayoritario en Euskadi, y también para presionar al PP que desde el principio se opuso.

Pero las cosas cambiaron cuando Batasuna decidió asistir a la manifestación porque compartía los lemas de "paz y diálogo". Un sector del PNV y de los socialistas se asustaron con la sola idea de asistir a una manifestación en la que también participara la gente de Batasuna. Y las presiones también fueron serias

para cambiar los lemas de la manifestación, a la exigencia de "paz y diálogo" se le añadió la petición de acabar con la violencia de ETA, lo que hacía del todo punto imposible la participación de Batasuna. Aunque la participación en la manifestación fue numerosa ni siquiera llegó a superar las que convoca Batasuna. Es fácil imaginarse la importancia política que hubiera tenido reunir a todas las fuerzas políticas en torno a la primera convocatoria del lehendakari "por la paz y el diálogo".

En Barcelona

Para el 28 de febrero está convocada una manifestación en Barcelona. El lema de "Si al proceso de paz" refleja una posición activa a favor del diálogo. En un primer momento fue aceptado por todas las fuerzas políticas, desde los socialistas hasta los sindicatos CCOO y UGT, aunque al final algunas de ellas se han retirado de la convocatoria.

Es otro pequeño paso en la buena dirección: en la exigencia a todas las fuerzas implicadas, desde el gobierno hasta ETA, de que la negociación y el diálogo es el método más adecuado y democrático para resolver el conflicto. El éxito de la convocatoria será un empujón para presionar en ese camino. La exigencia de paz, de que se acabe la violencia, tanto la de ETA como la que impone el Estado, de que se encuentren medios para resolver democráticamente el conflicto, implica retomar el camino del diálogo y la negociación.

Pasos adelante

De la lucha política de estos días podemos sacar algunas lecciones:

A/ que ha aumentado la conciencia y la confianza en que la salida al conflicto vasco exige diálogo y negociación;

B/ que la gente de izquierdas ha salido a la calle para exigirlo y se ha roto la dinámica de que sólo la derecha movilizaba contra el diálogo y la negociación;

C/ que todavía existe diferente nivel de comprensión y compromiso sobre este problema entre Madrid, y el resto del Estado, y Euskadi y Catalunya;

D/ que difícilmente se podrá volver a una etapa anterior de pura lucha represiva o de repeticiones de anteriores pactos antiterroristas;

E/ que la lucha todavía no está ganada, que hay que seguir movilizándolo y creando todo tipo de iniciativas que refuercen la idea de que la salida a esta situación exige diálogo y negociación, diálogo y negociación para lograr la paz y resolver los conflictos políticos en Euskadi y entre Euskadi y España.

La lucha y la paz en Irlanda

Los procesos políticos no suelen ser iguales pero de cada uno de ellos se puede aprender, al menos para conocerlos y sacar lecciones que permitan no repetir errores. El proceso de lucha del pueblo irlandés para liberarse de la histórica opresión británica siempre tuvo la simpatía de la izquierda y particularmente del movimiento independentista vasco que vio en el proceso de negociación en Irlanda un espejo en el que mirarse para resolver el conflicto en Euskadi.

Para conocer el proceso que llevó al acuerdo de paz en Irlanda, los distintos problemas que tuvieron que afrontar y los distintos puntos de vista sobre el proceso puede consultarse la interesante recensión titulada Haciendo balance. El proceso de paz de Irlanda del Norte. Edición de Clem McCartney. Editada por el Centro de Investigación por la paz Gernika Gogoratuz. www.gernikagogoratuz.org (Publicaciones)

Cronología

1968

Primeras marchas de la Asociación Norirlandesa de Derechos Civiles que son reprimidas por la policía.

1969

Agosto-octubre

Importantes enfrentamientos en los barrios obreros de Derry, tanto con la policía como entre la comunidad protestante y católica.

1970

Aumentan las protestas. El IRA se escinde.

1972

Durante el año mueren 470 personas y 4.876 resultan heridas en el que se considera el año más sangriento del conflicto. El 13 de enero, fecha conocida como Domingo Sangriento, el Ejército británico mata a 14 personas en una marcha pacífica que reclama derechos civiles para la comunidad irlandesa católica. En el mes de marzo se impone el gobierno directo desde Londres.

1975

En febrero el IRA decreta un alto el fuego.

1976

En abril los presos republicanos comienzan una campaña contra la pérdida de sus derechos, son las *protestas sucias*, ir vestidos sólo con mantas y negativa a lavarse. Entre agosto y septiembre se producen grandes concentraciones por la paz en Belfast y en toda Irlanda después que una familia republicana muriera en un accidente tras una persecución policial.

1978

El Tribunal Europeo de Derechos Humanos condena como "inhumanos y degradantes" los métodos de interrogatorio utilizados por los británicos.

1980

Primera huelga de hambre de presos republicanos para exigir su reconocimiento como prisioneros políticos.

1981

De marzo a octubre se sucede la segunda huelga de hambre. Uno de los presos, Bobby Sands, resulta elegido al Parlamento de Londres pero muere un mes después debido a la huelga de hambre. Nueve presos más murieron durante los meses siguientes. El gobierno de Margaret Thatcher se ve obligado a ciertas concesiones aunque sin garantizar el estatuto de preso político. El Sinn Fein adopta la estrategia de *armalite and ballot box* (armalite (un tipo de arma ligera) y urnas) y se presenta a las elecciones locales.

1983

Gerry Adams es elegido en las elecciones generales del Reino Unido por el distrito de Belfast (aunque nunca ocupará su escaño). El respaldo electoral al partido llega al 13%.

1984

El IRA confirma su opción de lucha armada al intentar un atentado contra Margaret Thatcher en el Congreso del Partido Conservador en Brighton.

1987

En mayo, ocho militantes del IRA son asesinados por la policía. En noviembre, una bomba del IRA mata a 11 personas. Crece el sentimiento de que la situación exige medidas y pasos para resolver el conflicto.

1988

Se suceden las conversaciones entre partidos republicanos irlandeses, también con partidos unionistas y del Sinn Fein con el gobierno de Dublín.

1989

Gerry Adam, presidente del Sinn Fein pronuncia un discurso en el que afirma que se deb hacer esfuerzos para crear "un movimiento político no armado paa trabajar por la autodeterminación de Irlanda". En noviembre, el secretario de Estado para Irlanda del Norte, Peter Brooke, declara que no descartaría conversaciones con el Sinn Fein e insinúa que el IRA no puede ser derrotado militarmente.

1990

El gobierno británico reconoce que aceptaría la unificación de Irlanda si así lo decide la mayoría de la población de Irlanda del Norte. John Major sustituye a Margarte Thatcher y flexibiliza la política hacia Irlanda del Norte.

1991

Se inician reuniones entre los partidos, a las que no se invita al Sinn Fein, para analizar las relaciones "dentro de Irlanda del Norte, dentro de la isla de Irlanda y entre los pueblos de estas islas"

1992

Continúan las conversaciones. En diciembre el IRA declara una tregua.

1993

Conversaciones entre David Hume y Gerry Adams, dirigentes de los partidos republicanos, para elaborar las bases para una negociación con el gobierno británico. Redactan una declaración conjunta proclamando el derecho de la población irlandesa a la "autodeterminación". Se publica el informe Opsahl, una iniciativa ciudadana para indagar en la opinión pública sobre posibles fórmulas de resolución del conflicto. En diciembre, los primeros ministros de Irlanda y Gran Bretaña hacen una declaración, conocida como la Declaración de Downing Street, en la que expresan su disposición a que el Sinn Fein participe en conversaciones tras el final de la violencia.

1994

Se levanta la censura en Irlanda contra el Sinn Fein. Se concede un visado a Gerry Adams para que pueda participar en Estados Unidos en una conferencia sobre la paz. En marzo el IRA declara una tregua. En agosto declara "un completo cese de operaciones militares". El gobierno de Dublín cumple la promesa de convocar un Foro por la Paz y la Reconciliación. En diciembre se reúnen representantes del gobierno y del Sinn Fein.

1995

Publicación del documento Marcos para el Futuro en el que se incluye la reinstauración de la Asamblea de Irlanda del Norte e instituciones transfronterizas políticas y económicas. Se produce el primer encuentro oficial en 23 años entre el gobierno británico y el Sinn Fein. Se acepta la estrategia de "carriles paralelos" para separar el problema del desarme militar y el de las negociaciones políticas.

1996

En febrero el IRA pone fin a su tregua con una bomba en Londres, a causa de la falta de avances en las conversaciones. Los gobiernos se niegan a reunirse con el Sinn Fein hasta que no se restablezca la tregua. En las elecciones el Sinn Fein logra su récord de votos, el 15,5%. El IRA vuelve a hacer estallar una bomba, esta vez en Manchester, e hiere a 200 personas.

1997

Tras el cambio de gobierno en Gran Bretaña e Irlanda deciden dar un nuevo impulso al proceso de paz. En julio se restablece la tregua del IRA. Se establece una comisión internacional para supervisar el decomiso de las armas de los grupos paramilitares.

1998

El 10 de abril se alcanza el Acuerdo de Viernes Santo. El referéndum sobre el Acuerdo arroja un 70% de votos si, aunque entre los unionistas el apoyo supera por poco el 50%. En agosto una explosión en Omagh mata a 28 personas. Un grupo escindido del IRA reivindica el atentado.

1999

A pesar de numerosas dificultades sobre el desarme y la interpretación del Acuerdo, se reúne la Asamblea de Irlanda del Norte y designa un Ejecutivo, la primera vez desde hacía 25 años.

El fondo del conflicto

Santiago de Alegría

Por muchas vueltas que se le de, por muchas explicaciones que se pretendan encontrar, incluso aunque toda la culpa de la situación se pretenda achacar al terrorismo de ETA, si se quiere comprender la situación en Euskadi, hay que aceptar que la causa del problema está en la opresión nacional que el pueblo siente y sufre. El pueblo vasco quiere y debe tener el derecho a decidir y si se reconoce ese derecho será fácil llegar a la paz. El problema no es lo que se dice del "coste político" para acabar con el terrorismo. El problema es que el Estado español no reconoce el derecho de los vascos y vascas a decidir.

La enorme sacudida que ha supuesto el atentado de Barajas, nos ha obligado a todos a ocuparnos de un montón de cosas. Del dolor por las víctimas que sentimos como nuestras (de nuestra gente, de nuestra clase). Del desconcierto que compartimos con la izquierda abertzale, con la izquierda española y con la gente sinceramente demócrata que durante estos meses había puesto tantas esperanzas y empeños en el progreso del difícil pero necesario proceso de paz. De la agitación de la derecha española que se frota las manos (idemasiado pronto!) viendo en el atentado y las dificultades del proceso de paz, la oportunidad de recuperar el gobierno. De los jueces que siguen echando más y más leña al fuego. Del gobierno de Zapatero y las alturas de esa izquierda española que queriendo el proceso de paz y un cierto arreglo pacífico y democrático, apuestan por redoblar el cerco policial y las presiones de toda especie para que la izquierda abertzale abandone la violencia.

Tantas cosas de las que ocuparse que es difícil no perder de vista el fondo del conflicto vasco. Que hay un pueblo al que se le niega su primer derecho colectivo, el de autodeterminación, y está dispuesto a un montón de sacrificios para conseguir que se le respete. Y sin embargo, sólo volviendo a este fondo del conflicto podemos, para empezar, comprender lo que ocurre y actuar sobre ello.

Un dato reciente ayuda a tenerlo presente. Se filtra -la veracidad de lo filtrado es para el caso secundaria- que los negociadores del Gobierno se han visto desconcertados en estos meses por las propuestas de ETA que ponían por delante la apertura de negociaciones políticas sobre el fondo del conflicto vasco, en la famosa segunda mesa, antes que sobre la suerte de los presos o la legalización de la izquierda abertzale.

Más allá, como decimos, de la realidad del dato, más allá de la estrategia y la voluntad de ETA, es muy importante que comprendamos que no hay paz

posible sin avanzar francamente por el camino de la libre decisión de los vascos sobre su futuro.

Porque para una importante mayoría de los vascos no hay legitimidad posible de un régimen político, de unas relaciones con España, de una estrategia política, que nieguen el derecho democrático de los vascos a su libre determinación. Y eso vale también para la evolución de ETA. El terrorismo puede ser rechazado por una mayoría de los mismos vascos. El último atentado, en plena tregua declarada, puede desconcertar y violentar incluso a sus más próximos. Pero inaceptable política o moralmente para muchos vascos, el terrorismo de ETA sigue contando ante su pueblo con la legitimidad de una lucha irrenunciable en su objetivo principal. O lo comprendemos y asumimos, o no podremos avanzar mucho más.

Es cierto que tampoco ETA puede avanzar mucho más por el camino de su estrategia terrorista. Es cierto que los sacrificios son muchos y pesan mucho sobre la izquierda abertzale y sobre todos los vascos. Es cierto que necesita el camino de una lucha democrática de masas, que precisa de un pie más firme en las instituciones, de apertura a alianzas con la izquierda española... Pero desengañémonos, para bien o para mal, difícilmente serán torpezas como la de Barajas, por no hablar de la represión y la presión política, las que acabarán con su organización y su capital político.

Por lo mismo, y en el terreno de lo que está en juego más inmediatamente, parece altamente improbable un proceso, como el que parece querer el Gobierno, en dos tiempos: un primer tiempo en que ETA se desarma a cambio de una salida para sus presos, y un segundo en el que las fuerzas políticas abordan la salida a la cuestión vasca y se debate sobre el derecho de decidir de los vascos.

Tendremos todos que seguir profundizando, mucho más, en las lecciones del proceso de paz irlandés. Pero hay, para el caso, algo claro en él: la temprana declaración del gobierno británico reconociendo el derecho de autodeterminación y abriendo la vía, al plazo que sea, de la unificación de Irlanda.

Algo parecido necesitamos aquí. Por eso, mientras los partidarios del proceso de paz (socialmente una mayoría muy amplia de los españoles) resistimos el primer golpe en torno al atentado (ya está hecho), mantenemos una unidad lo más amplia posible para animar a retomarlo lo más abiertamente posible y defendemos las medidas con un amplio apoyo social para facilitarlas (reagrupamiento de los presos, legalización de la izquierda abertzale), es necesario también que la minoría en España partidaria de la autodeterminación retome su lucha con firmeza y paciencia para que esta idea gane terreno, en primer lugar en la izquierda.

La firmeza y la amplitud de la lucha de los vascos es desde luego la base principal. Reanimar con ella la lucha de los catalanes, después del revés del cierre en falso de la reforma del Estatut, es otra. Pero es importantísimo mantener la batalla en Izquierda Unida y en las propias filas socialistas.

Hay que aprender de la historia y de la tozudez de ciertas leyes de su desarrollo. ¿Cuántos esfuerzos se han malgastado en la historia del movimiento obrero en pretender forzar la realidad de las cosas e intentar forjar la unidad internacional de nuestra clase sobre el desprecio de esa voluntad de emancipación nacional? A su lado, empeños mucho más chatos como el de pretender construir una democracia de los ciudadanos ignorando como cosa caduca, artificiosa o reaccionaria los derechos de las naciones, son bien poca cosa.

Para los burgueses, los ricos y los poderosos de España, las razones para negar a los vascos o a los catalanes su derecho de autodeterminación, son múltiples. Económicas en primer lugar (ipara sus negocios!), como hemos visto en la españolización del BBVA o en la guerra de Endesa. De defensa de privilegios como los que conserva la Iglesia católica. De orden y miedo ante un progreso de la democracia. De autoridad ante una gran parte del pueblo que cierra filas en torno al interés de "su" nación...

Pero los trabajadores no tenemos nada que perder y sí mucho que ganar avanzando la libertad de los pueblos para decidir su futuro. Ganaremos democracia y proximidad de gobierno, frente al poder del capital multinacional. Ganaremos la solidaridad que sólo es posible entre territorios libres. Y ganaremos unidad, frente a la división y el conflicto permanente al que nos condena la negación de esos derechos colectivos.